

LITERATURA JUVENIL Y EDUCACIÓN INTERCULTURAL: ¿ESTÉTICA VS. AXIOLOGÍA?

M^a Pilar Núñez Delgado

Pese a que el debate sobre la existencia de la llamada “literatura juvenil” dista de estar cerrado, podemos aceptar que, al menos en parte, ésta incluiría un amplio número de títulos agrupados en colecciones editoriales específicas dirigidas a los alumnos de la educación secundaria. Esas obras se caracterizan por una serie de rasgos de entre los que podemos destacar el hecho de que, por encima de los valores estético-literarios, se centran, de un lado, en el intento de conectar con el mundo vital de los lectores y, de otro, en presentar y representar los valores aceptados en las sociedades occidentales democráticas para contribuir así a la educación y a la socialización de los jóvenes. En los últimos tiempos, y quizás como consecuencia de la pujanza del fenómeno de la inmigración, entre estos valores destacan los que tienen que ver con la interculturalidad.

Palabras clave: *literatura juvenil, interculturalidad, educación literaria, educación en valores.*

I. EDUCACIÓN LITERARIA Y EDUCACIÓN EN VALORES INTERCULTURALES

Cada vez es mayor en el mercado editorial de la literatura infantil y juvenil la presencia de libros que tienen como tema central la pretensión de mostrar a los lectores otras culturas, otras tierras y otras mentalidades. Sin duda, estos títulos pretenden servir al objetivo de fomentar valores de aceptación, respeto y curiosidad por formas de vivir y de entender el mundo distintas a las dominantes en la sociedad occidental, un objetivo que parece directamente surgido de la presencia cada vez mayor de inmigrantes y de la consecuente configuración de sociedades interculturales en las que hay que aprender a vivir y a convivir.

No obstante, la proliferación de estos temas nos lleva a plantearnos el uso que de tales lecturas puede hacerse en el aula, pues suele ocurrir a menudo que, pese a que se presentan como *literatura*, en realidad muchas de ellas son un cúmulo más o menos elaborado de sucesos narrados y de juicios de valor que se dirigen, más que a la educación estético-literaria, a la educación ética, a la presentación de las actitudes y valores socialmente admitidos de forma que los lectores infantiles o adolescentes lleguen a asumirlos por medio de la reflexión o, la mayor parte de las veces, de la identificación emotiva. Por esta razón nos parece importante profundizar en el conocimiento de estos títulos, poniendo al descubierto los mecanismos en que se basan sus propuestas, la utilidad didáctica que pueden tener y para qué ámbitos.

Por acotar el terreno, nuestro trabajo se va a centrar en unos cuantos títulos concretos de literatura juvenil –escogidos de entre las colecciones y editoriales más accesibles en el mercado–, que tienen como protagonistas a jóvenes magrebíes en distintas circunstancias y que, en cualquier caso, presentan como uno de sus fines más notorios el de acercar sus formas de ser y los contextos que las explican a los adolescentes españoles en busca de una mejor comprensión del otro. Como veremos, lo hacen desde puntos de vista distintos no alejados en ocasiones del tópico, y con diverso grado de acierto.

Algunos ejemplos

Nuestra exposición se va a basar en el examen de cinco de estas novelas juveniles cuyo análisis vamos a abordar centrando nuestra atención en tres aspectos principales que al final nos permitirán extraer algunas conclusiones sobre el papel que cumplen o pueden cumplir estas obras en las aulas. Estas tres perspectivas son las del valor literario, el valor axiológico y la explotación de los mecanismos de identificación psicológica.

1) *El cazador de estrellas*, de Ricardo Gómez

El autor es profesor de matemáticas, es decir, buen conocedor de las aulas, y el libro le ha valido en 2003 el III Premio Alandar de Narrativa Juvenil. El relato cuenta parte de la historia de Bachir, un niño saharauí

de 12 años que periódicamente debe convalecer durante largos periodos a causa de un neumotórax en el campamento de refugiados en el que vive, y su relación con el anciano Jamida que lo visita de noche y con el que sostiene largas charlas que le hacen aprender sobre sí mismo y sobre su pueblo y contemplar las cosas desde perspectivas que antes no se había planteado. Es el único de los que revisaremos en el que el protagonista no es inmigrante fuera de su tierra y que se centra más bien en mostrarnos su entorno, su cultura, su modo de vida, etc.

Desde el punto de vista de los valores interculturales, se trata de una aproximación afectiva y un tanto elaborada literariamente de la realidad de los saharauis. El autor declara en una nota final su cariño y su solidaridad para con este pueblo y, así, al hilo de la trama, que en realidad no tiene mucha acción, aporta información sobre su historia y sus problemas actuales en el exilio¹. Resalta sobre todo la lucha por su tierra que es ante todo la lucha por su dignidad e identidad (“Sobrevivir es nuestra forma de lucha”, p. 137), y trata de romper algunos tópicos sobre el mundo árabe. Por ejemplo, el del papel de las mujeres: las hermanas de Bachir se esfuerzan en el estudio para luego cursar una carrera y ser útiles. Aunque parece una realidad poco habitual en otros países árabes, las mujeres aparecen retratadas casi con igual peso o más que los hombres, hablan, son sensatas, reflexivas y valientes, no aparecen relegadas, aunque ellas llevan todas las tareas domésticas, bastante duras, en las que los hombres no participan.

Aparecen también los tópicos más negativos de las relaciones entre cristianos y musulmanes (p. 138):
—“Eso deben de pensar todos los pueblos que sufren. No olvidéis, Bachir, que no somos los únicos. También hay otros pueblos hermanos que padecen destierro y persecución.

—Musulmanes, como nosotros.

—Sí, pero también de otras religiones. La injusticia no distingue entre religiones o continentes.

El chico recordó algunos encuentros en la jaima con su tío Abd’salam y, con cierta rabia, reprodujo con vehemencia algunas opiniones que había escuchado esas noches:

—¡La culpa es de los cristianos, que quieren destruir al pueblo árabe!

A Jamida le sorprendió la energía del chico. Recordaba a su vez reuniones con otros hombres, en las que se opinaba de forma similar. No alzó la voz cuando dio su opinión:

—Algunos pueblos sí tienen culpa, pero no otros. Nuestro país, por ejemplo, está en guerra con otro país musulmán. A veces, los cristianos han luchado contra los árabes, pero también contra otros cristianos. Y lo mismo hemos hecho nosotros. También somos culpables de la muerte de muchos de nuestros hermanos.

—Pero ¿por qué?

—Ambición, codicia, locura, fanatismo... Las peores enfermedades de los hombres.

¿Recuerdas?

Bachir calló, pensativo”.

El intento de dignificación de la cultura árabe —y, sobre todo, la búsqueda de su valoración positiva— se hace casi siempre por boca del anciano Jamida, que cuenta a Bachir la brillantez pasada de esta cultura, cuando los cristianos no eran más que unos bárbaros (p. 139), dando pie al lector a reflexionar, paralelamente al protagonista, sobre cómo han llegado las cosas al estado actual. No hay actitud de lástima, ni de acercamiento desde sentimientos como la caridad.

La exposición de los modos de vida no está exenta de tintes exótico-aventureros, como se aprecia por ejemplo en la descripción del trabajo del padre de Bachir como camellero por el desierto. Se insiste a menudo en la dureza de las mismas y en cómo se están perdiendo por el clima extremo y la geografía inhóspita, lo cual explica que estas personas hayan de optar por la emigración.

Son frecuentes las palabras en árabe o en lengua autóctona que se aclaran en notas al pie (*jaima*, *surcran*, *huar*, *fater*, *güera*, etc.). Puede que su inclusión forme parte de ese acercamiento que el autor propone, o quizá funcionen a modo de curiosidades. Además de este tipo de información, el libro potencia sobremanera los aspectos psicológicos, los que favorecen la identificación emotiva de los lectores adolescentes. Ésta se basa en la edad del protagonista y en sus problemas: el amor (está enamorado de una amiga), las relaciones con sus hermanas, que combinan la camaradería y las peleas, la admiración hacia su padre, el gusto por escuchar las conversaciones de los mayores, la indecisión ante su propio futuro, el valor de la amistad (con los iguales y con los adultos), el aplazamiento de las responsabilidades y de la toma de decisiones escudándose en su enfermedad,.. todos son hitos del paso por esa edad de transición en la que la figura de Jamida actúa como introductor a los “ritos iniciáticos de la edad adulta, como el elemento que lo “abre” a la vida del compromiso con los demás, con su pueblo, a aprender a mirar por encima de su propio universo representado muy bien por esa jaima situada en patio de la casa en la que vive y desde la que capta las luces y los sonidos del mundo exterior pero de forma atenuada: la tienda es la metáfora de su ensimismamiento, de todo lo que lo aísla del mundo exterior y que empieza a romperse cuando “entra” en ella el astrónomo, guerrero,... el anciano sabio tan frecuente en los relatos de tradición oral y en literatura escrita. La negativa a aprender a leer y a escribir simboliza también el no querer saber, el no querer asumir responsabilidades como miembro de la colectividad. La enfer-

medad aparece, en suma, como exacerbación de los sentidos y como “crisis de crecimiento”, con lo que hay un claro paralelismo entre la evolución personal y la evolución social de Bachir.

El valor literario del libro queda relegado por las otras dimensiones que estamos analizando. El estilo, como la estructura (dieciséis capítulos breves y unas fotos finales), es sencillo por el léxico y por la sintaxis de frases cortas, sin mucha subordinación. Destacan la abundancia del diálogo, lo cual imprime dinamismo, junto con la escasez de descripciones, que, no obstante, son contundentes, muy plásticas –la luz, el aire, la arena, los sonidos, los colores– y de cierto tono poético.

2) *La aventura de Saíd, de Josep Lorman*

El tono de esta obra es mucho más reivindicativo, hasta el punto de que el estilo se aproxima bastante al reportaje periodístico. La apelación directa al lector es visible desde la misma portada que incluye la foto de un joven magrebí sobre cuya sien se dibuja la marca de la mirilla de un arma y una frase a modo de eslogan que reza: “¡Echa abajo los prejuicios racistas!”.

El libro se reparte en once capítulos breves y tiene una estructura claramente circular. La acción transcurre justo en un año de la vida de Saíd, desde que llega a España hasta que lo expulsan y se cierra con una frase que hace alusión al título: “La aventura había terminado”.

Como en el caso de *Abdel* y de *El paso del estrecho*², el modo en que el protagonista, un joven de 18 años, llega a España desde Xauen es en una patera, el más tópico de los procedimientos de llegada de inmigrantes. Se decide a emigrar cuando su amigo Hussein vuelve con un coche y contando lo que ha progresado en Barcelona. Este flash back sirve al autor para contar la situación en que vive Saíd en Marruecos, donde trabaja por un sueldo mísero desde que a los 13 años tuvo que dejar la escuela, de modo que así justifica la inmigración como una decisión que no se toma a la ligera porque es muy duro romper con la familia, las costumbres, los paisajes, etc. (“Nadie debería verse obligado a abandonar la tierra que lo ha visto nacer para poder vivir: allí tiene sus raíces, las vivencias que han configurado su ser, y le costará mucho olvidarlas...” p. 29). Por otra parte, en este capítulo inicial queda de manifiesto el carácter noble del joven, alejado de los tópicos sobre los magrebíes como “trapicheantes” y poco honestos, que representa su amigo Hussein. Saíd pasa varios días a la deriva en el mar después de ser engañado por los patrones de la patera y desembarca en Almería. En Mojácar (pueblo que, por cierto, encuentra muy parecido a Marruecos) conoce a una pareja de hippies que le ayudan a eludir a la Guardia Civil, y a los cuales cuenta su historia en una charla que sirve para ir profundizando en el lado humano del personaje y, sobre todo, para romper tópicos sobre nuestros prejuicios. Esta intención queda reflejada en una intervención de María que quiere inducir la actitud del lector:

“Me gusta conocer la vida de las personas. Así te das cuenta de que todo el mundo tiene motivos para quejarse, a veces hasta más serios que los tuyos. Si he de serte sincera, después de escucharte me siento avergonzada. Yo he tenido las cosas infinitamente más fáciles que tú y, sin embargo, me falta ilusión para vivir, no logro encontrar nada que nos interese lo suficiente; y tú, que has tenido una infancia terrible, todavía conservas fuerza para abandonar tu país y lanzarte a la aventura de abrirte camino en otro lugar” (p. 42)

María y Carl dan trabajo y alojamiento a Saíd y lo llevan hasta Barcelona, donde va a casa de Hussein. Éste vive con otros magrebíes y, de entre ellos, hace especial amistad con Ahmed, pues su amigo de infancia se dedica al proxenetismo y Saíd no comparte su forma de pensar y de actuar. En Barcelona trabaja primero vendiendo alfombras de casa en casa (otra imagen muy típica de estos inmigrantes); un trabajo precario y desagradable (“Saíd apenas sacaba lo suficiente para vivir. Pero lo que más le descorazonaba era la actitud de la gente, despectiva y hostil. Bien que no quisiesen comprar alfombras, pero no tenían por qué tratarlo como a un perro” p. 53). La precariedad laboral, los abusos de los patronos, los sueldos miserables y la imposibilidad de protestar –ante el riesgo de perder el puesto– se resaltan constantemente en todos los personajes para concienciar al lector de forma explícita y directa de que los inmigrantes no vienen a quitar trabajo. Igualmente se ponen de manifiesto el desarraigo e incluso “la soledad afectiva y sexual” (p. 71) de estas personas.

A partir del capítulo cinco aparece Ana, la otra cara de los “acogedores”. Es una chica de buena familia que estudia periodismo y se interesa por la situación de los inmigrantes para hacer un trabajo de clase. Luego, a partir de una curiosidad sin prejuicios, llega a la amistad personal y al compromiso a través de una ONG. La investigación de Ana pone a Saíd en relación con asociaciones de defensa de los inmigrantes y con algunos compatriotas que están concienciados de su situación y luchan activamente. Ésta es la postura que encarna Alí, de quien se sirve el autor para, en una reunión con Ana, que a su vez representa la postura del lector implícito (“[Ana] De hecho, nunca se había planteado a fondo el problema de los países de origen de los inmigrantes”, p. 73) exponer las raíces socioeconómicas, históricas y políticas del fenómeno de la inmigración. Se trata de un largo y apasionado alegato que se extiende entre las páginas 72 y 76 y que se cierra acudiendo de nuevo al pensamiento de Ana para reforzar la identificación del lector adolescente aprovechando precisamente las ganas de éste de cambiar el mundo, su sentido de la justicia y su rebeldía, propios del momento de desarrollo que

atraviesa: “En unos instantes puso en tela de juicio los valores que hasta entonces había aceptado sin aspavientos y se sintió integrante de un mundo que no le gustaba” (p. 76).

El resto de la narración gira en torno a la agresión que Saíd y Ahmed sufren por parte de unos “cabezas rapadas” mientras pasean con Ana, y a las secuelas y consecuencias de la misma. Es evidente que al autor le interesa desarrollar este nuevo núcleo temático para seguir repasando los problemas y actitudes a los que se enfrentan los inmigrantes: la pasividad de la policía, la violencia que engendra la violencia (los magrebíes se organizan a su vez en patrullas), la inhibición de la sociedad, etc. Siguen las reflexiones sobre los tópicos que se asocian a la presencia de inmigrantes (“Muchas personas de los países a los que llegamos dicen que les quitamos el trabajo, y utilizan este argumento para justificar su rechazo”, p. 88), así como la presencia del amor (Saíd piensa en Jamila, la chica que le gustaba en Marruecos, pero también le gusta Fátima, a la que conoce en Barcelona y, sobre todo, se siente cada vez más enamorado de Ana). El hecho de que Saíd declare en el juicio contra los skins hace que éstos sean condenados pero precipita su expulsión, que cierra el relato.

Es demasiado evidente la voz del narrador, que no sólo es omnisciente con respecto a la trama y a los personajes, sino también con los posibles prejuicios del lector que constantemente intenta desmontar. Lo literario aparece claramente sacrificado, más que en *El cazador de estrellas*, en aras del mensaje, e incluso de la acumulación de información sobre el tema, que parece ser el objetivo principal del autor. El estilo, sencillo, dinámico y de expresión intensa, seguramente refleja la experiencia como guionista de Joseph Lorman pues por el ritmo y por el modo narrativo, es muy cinematográfico. La identificación emotiva y la revisión de tópicos son las metas de este relato. Por lo demás, la estructura en capítulos cortos, la presencia abundante del diálogo, la escasez de descripciones y la brevedad de éstas, etc. son rasgos compartidos con las otras obras.

3) *Abdel*, de Enrique Páez

La tercera de las obras examinadas, *Abdel*, de Enrique Páez (otro autor procedente del campo de la educación), cuenta la historia de un chico bereber de 12 años que emigra ilegalmente con su padre a España. Son nómadas saharauis y su situación en Marruecos es delicada porque el padre, Yasir, es perseguido por la policía marroquí dado que participó en acciones de oposición de los saharauis a los ataques del ejército de Hassan II, precisamente en aquel en que mataron a su madre cuando Abdel sólo era un niño.

Se nos cuentan, al igual que en los otros casos, pero de forma más breve y esquemática –quizás porque el libro se dirige a lectores algo menores–, la situación en que vive Abdel y los motivos que lo llevan a dejar su país. Por otra parte, desde el principio el personaje se presenta con unos rasgos con los que resulta fácil identificarse: es un preadolescente serio, maduro para su edad, que ha leído mucho, lo cual denota también una curiosidad intelectual y vital que se presenta la lector como deseable.

Abdel y su padre llegan a España en una patera como ilegales, tras atravesar todo Marruecos a pie. Después de vagar unos días procurando eludir a la Guardia Civil, en Marbella los contratan como albañiles en las obras de un chalet por un sueldo de miseria (mil pesetas Yasir y quinientas Abdel) y una jornada agotadora. Duermen en el mismo sótano de la casa en construcción y no los dejan salir para evitar problemas mientras, según les han prometido, sus jefes inician los trámites para su legalización. Abdel y su padre se presentan como unos ingenuos, que se creen todo (“Mi padre recibió la noticia de nuestra próxima legalización con una sonrisa que nunca olvidaré. Creo que estuvo a punto de llorar, de lo emocionado que estaba. A partir de ese día trabajaba el doble, como si con ello pudiera acelerar el proceso y obtener antes el permiso de trabajo y residencia”, p. 41) y que se sorprenden de forma un tanto simplista de la presencia de la nevera o el aire acondicionado (“Yo creo que aquello tenía que ver con la magia”, p. 38).

Las personas que los han contratado se dedican en realidad al tráfico de drogas y utilizan al niño como mensajero. Cuando descubren que éste lo sabe, les tienden una trampa a él y a su padre, el cual es detenido por la policía. Abdel consigue escapar y se refugia en el cementerio de Marbella. Allí conoce a dos niños madrileños de su edad, hermanos, que están pasando el verano, y que le ayudan a poner a los traficantes en manos de la policía. Sin embargo, no es posible sacar a su padre de la cárcel porque si es expulsado entrará en la cárcel en Marruecos y es mucho peor, así que Abdel termina en un centro de menores en Málaga, donde encuentra buenas las instalaciones y la comida, e incluso se alegra de que haya una biblioteca porque, como le hace decir el autor: “Visto así, ser huérfano es España no era tan malo. Lo malo de verdad era ser huérfano en un país pobre, donde el único futuro eran el hambre y la miseria” (p. 106).

En este libro llama la atención la mayor preocupación que muestra el autor por los aspectos constructivos y de elaboración del relato. En efecto, éste se estructura a partir de un recurso que lo acerca a la forma del diario y que enriquece su desarrollo más allá de la mera narración lineal. El libro se abre con una introducción que firma en septiembre Charo Lafuente, una educadora de un centro de menores de Málaga, que nos cuenta el origen de lo que se ofrece al lector: se trata de la edición del cuaderno de un niño marroquí que hay

internado en el centro que con frecuencia escribe en él y que se lo ha dado a leer; este cuaderno cuenta la peripecia del niño de una forma tal que llama la atención de esta mujer y la lleva a enviarlo a una amiga que trabaja en una editorial. Este recurso del cuaderno, este juego de autores que nos retrotrae a una rica tradición que tiene su mejor exponente en *El Quijote*, afecta al tiempo del relato y convierte lo que cuenta Abdel en un flashback. La estructura se completa con un epílogo, una nota de la editora que da fe de la veracidad del relato y llama la atención sobre el hecho de que, con pocas variantes, es una historia muy repetida, lo cual refuerza el valor de mensaje que el autor otorga al texto, visible, por otra parte, ya desde el principio en la dedicatoria "...a los culpables de nacer en otro sitio".

No obstante, esta intención, pese a ser explícita, no se expone de forma tan directa e "intensa" como en *La aventura de Saïd*. Esto se aprecia en distintos ámbitos. Por ejemplo, el tono combativo de concienciación y movilización está bastante atenuado en su vertiente ideológica y se hace por procedimientos más indirectos, como la identificación con el personaje en sus caracteres individuales que, por otra parte, son bastante compartidos por los niños de su edad: su mirada sobre el mundo, sus observaciones un tanto ingenuas, o en anotaciones como éstas, destinadas a crear actitudes positivas y a eliminar prejuicios, una vez que el lector ha contemplado a Abdel como un niño de su edad pero en una situación difícil:

"Los españoles eran hermanos de sangre. Un pueblo hospitalario. No en vano nuestros antepasados habían vivido en esta tierra, mezclándose con sus habitantes durante varios siglos." (p. 28)

"Los españoles son pacíficos, pero tienen un miedo inexplicable a los extraños. Es posible que entre ellos sean más amables, pero nosotros éramos extranjeros". (p. 30)

"[Alicia y Miguel] Pensaban que esas cosas no podían suceder en España. Que sólo pasaban en las películas". (p. 85)

"A sus padres [los de Alicia y Miguel] no les gusta porque dicen que no soy una compañía recomendable. Ellos, de todos modos, no se han dejado convencer, y se acercan a escondidas". (p. 102)

La aparición de la aventura y de la amistad desempeñan también un importante papel en este sentido. La peripecia de Abdel en la segunda parte del relato y la ayuda —que se convierte en camaradería— de Miguel y Alicia alcanza a veces tintes en los que resuenan muy directamente los ecos de los libros de Enid Blyton ("Estábamos agotados después de dos noches de insomnio y aventuras", p. 91).

Con respecto a los rasgos estilísticos, el lenguaje sigue siendo absolutamente accesible (estructuras sintácticas coordinadas y yuxtapuestas, léxico sencillo, algunas frases hechas y comentarios humorísticos), aunque quizá el diálogo sea menos y más la narración en párrafos algo más largos comparativamente. El relato de Abdel ocupa trece capítulos breves y dinámicos y el desarrollo temporal es también breve: Abdel y su padre se ponen en marcha en Marruecos en marzo, cruzan el estrecho en junio y ya en septiembre está el chico internado en el centro de menores. Los personajes son bastante estereotipados, poco ricos en matices: los malos, Jorge Meléndez y Vicente Planas son, respectivamente, gordo y narizotas; el padre es un hombre honesto, etc.

4) *El paso del estrecho*, de Fernando Lalana.

Esta novela utiliza también en su título el reclamo del paso del estrecho (por si hay alguna duda, la ilustración de la portada es una foto de unas pateras frente al peñón de Gibraltar), pero en realidad es un relato a medio camino entre lo policiaco y las aventuras. Las posibles hipótesis que el lector puede formularse a partir del título no se ven satisfechas: el tema central no es el de la inmigración.

La narración comienza directamente con una escena de acción: los personajes o el contexto no son presentados previamente como en los casos anteriores. Además, las escenas iniciales responden a un tópico relacionado con el estrecho, pero no es el de la inmigración sino el del contrabando. El protagonista, Chirlas, es un muchacho de dieciséis años (en realidad resulta ser una muchacha llamada Violeta), que lleva los "negocios" de su tío, con el que vive. Mientras espera a un cliente oye llegar un barco del que arrojan a siete inmigrantes; intenta rescatar a alguno y lo hace: saca a un joven de su edad que lleva una chilaba ricamente bordada y unas planchas de corcho atadas al cuerpo. Lo lleva con él al astillero abandonado en el que vive y allí le cuenta que va de viaje hacia Saraqusta, la actual Zaragoza, porque tiene que cumplir una misión que le ha encomendado su abuelo, ahogado al saltar de la patera: buscar un manuscrito de profecías. Mustafá es el heredero de los últimos reyes árabes que habitaron el palacio de la Aljafería de la capital aragonesa, los Al-Muqtadir.

La trama se complica con la corrupción de la policía, algunos de cuyos miembros forman parte de una mafia de contrabandistas que quema el astillero y persigue a la chica. Ésta pide ayuda a su amigo Ahliú, un inmigrante negro que conocía de cuando vivía en Almería con sus padres antes de quedar huérfana, y emprenden viaje a Zaragoza detrás de Mustafá, el chico marroquí. Tras una trepidante escena de persecución en el tren, en Zaragoza también se suceden las aventuras que aumentan en intensidad de forma paralela al enamoramiento de los dos protagonistas. El relato en esta parte se trufa de alusiones a los gestos y miradas que intercambian

ambos y a la historia y al arte de época musulmana. El ritmo, marcado por la búsqueda del manuscrito, es de un dinamismo emocionante, sobre todo por el ambiente de misterio tan bien logrado.

Desde el punto de vista del valor literario, quizá sea la mejor de las novelas analizadas. El autor, uno de los más leídos de la literatura juvenil española, hace gala de su maestría en la elaboración de la trama, en la documentación y en el uso del lenguaje. La trama, además de estar conducida por personajes adolescentes, mezcla el amor, el misterio, asesinatos, persecuciones, secretos históricos,... un efectivo cóctel de elementos que garantiza el interés del lector juvenil. La estructura formal es paralela al desarrollo temporal: cada uno de los siete capítulos corresponde a los sucesos de un día de la semana, desde el lunes al domingo; éstos se subdividen en fragmentos menores, secuencias breves encabezadas por títulos significativos, que hacen progresar la lectura sin que se haga pesada. El final es un epílogo destinado a aumentar la verosimilitud de la historia, en el que se reproduce una rueda de prensa de dos profesores universitarios que informan sobre el descubrimiento de las nuevas estancias de la Aljafería y del manuscrito. El equilibrio entre pasajes narrativos, descriptivos y dialogados está bastante logrado y da ocasión al autor de desplegar una prosa dinámica, pero elaborada estéticamente en consonancia con el tema, donde abundan las comparaciones expresivas, los comentarios humorísticos e irónicos, la reproducción de pensamientos de los personajes, los cambios de registro (el ejemplo más destacado es la forma de hablar del guardia Zunzunegui), etc.

Mientras el uso de mecanismos estilísticos y psicológicos para lograr atrapar al lector es evidente, los valores interculturales apenas aparecen porque no es éste el fin del relato, ni siquiera de forma tangencial. Así queda de manifiesto en varios comentarios desde la páginas iniciales, como los que recogen la primera impresión de Chirlas sobre Mustafá: “Vaya... así que eres un moro listo y precavido, ¿eh? [...] Llegó a la conclusión de que nunca había visto un moro tan guapo.” (p. 24); “Y sus gestos, aun los más simples, nada tenían que ver con los de los marroquíes con los que habitualmente tenía trato”, (p. 33); o los de Mohedano sobre el aspecto del cadáver del abuelo del chico: “No parece el típico inmigrante ilegal, ¿no cree? [...] Me refiero a que no es joven ni lleva pantalones vaqueros.”, (p. 42).

Parece claro, entonces, que la elección de la ambientación de la primera parte del relato y del título no es más que una especie de señuelo por las connotaciones de actualidad o de aventura que pueda tener, y que el autor ha decidido instrumentalizar para despertar el interés de los lectores y, seguramente, de los profesores que han de elegir las obras que se ofertarán a los alumnos. Eso, salvo que entendamos la elección del nombre en sentido metafórico como el “paso” de la adolescencia a la juventud que la aventura de los personajes, con viaje iniciático incluido, supone.

5) Al otro lado del Estrecho, de Nicole Boumaâza

Hemos dejado para el final este libro porque quizás es el que entra con más profundidad en la complejidad de las relaciones entre la cultura europea y la magrebí. La autora, una belga casada con un marroquí, refleja con absoluta sinceridad y en toda su dureza las dificultades de entendimiento entre dos sociedades tan distintas en todo, en la organización social, en la economía, en lo religioso,... y lo hace, sin duda, desde su experiencia personal. La narradora es Nadia Zerouali, una chica de 15 años, hija de madre belga y padre marroquí. Vive en Amberes, junto a sus dos hermanos, Sam, de 12 años y Benny de 6, y se ocupa de ellos y de la casa la mayor parte del día, dado que su padre lleva mucho tiempo parado y su madre se ha tenido que poner a trabajar. Desde el principio, los comentarios de la niña hacia las actitudes de su padre son demoledoras:

“Mi padre es marroquí. Quizá eso explique su forma de comportarse, pero no debe servir de excusa.”, (p. 5).

“Frente a los extraños se comportaba como el inmigrante desfavorecido, un ignorante infeliz digno de ayuda. Pero en casa estaba muy lejos de la sumisión. Se volvía molesto y exigente, y nos pegaba a menudo, [...] Habíamos aprendido a obedecerlo desde pequeños, porque ese era el gran privilegio del hombre árabe: una obediencia total e incondicional de la mujer y los hijos.”, (p. 6).

“Nada de películas de amor en la tele, nada de juegos violentos, nada de amigos ni amigas, nada de ropa atrevida... Estábamos atados por sus principios como si no tuviésemos derecho a una forma de vida propia.”, (p. 9).

Por el contrario, la madre es “la bondad personificada” (p. 9), “...tiene una fuerte personalidad. Los tres la admiramos mucho. No es severa, sino clara y consecuente. Y tiene autoridad. Consigue que cumplamos con nuestras obligaciones sin golpes y sin gritos” (p. 11).

Con estos antecedentes, no es extraño que estalle el conflicto, y lo hace justamente cuando la madre comunica al padre su intención de divorciarse. La reacción de éste es la de llevarse a los niños, so pretexto de que va a pasar las vacaciones de Semana Santa en Francia en casa de uno de sus parientes, para desde allí volar a Marruecos, donde su familia los retiene mientras él presiona a su mujer: si se divorcia no volverá a verlos. La novela relata por extenso la estancia con la familia paterna.

Antes y después de la estancia “al otro lado del Estrecho”, Nadia siente el racismo en la escuela de forma un tanto dolorosa, porque ella se considera plenamente europea, pero percibe que sus compañeros la

ven como una magrebí y lo plasma con la claridad que acostumbra, situando así al lector ante el problema y forzándolo a examinar sus propias actitudes:

“Durante mucho tiempo me resistí a la idea de que el racismo tuviese algo que ver, pero sumando experiencias tenía que admitir que sí existía, también en el colegio. Si te llamas Nadia Zerouali, desde el principio eres juzgada de otra forma que una Sandra Janssen. Algunos profesores intentan negar este prejuicio, con la consecuencia de que su postura pasa a ser de una exagerada amabilidad y compasión (lo que es igual de grave). [...] los más pequeños me tachaban de piojosa o sucia marroquí en el recreo...” (pp. 14-15).

Con la misma contundencia retrata su conciencia de esa doble identidad y de la forma en que puede transformarla en algo positivo: “... aunque tenga aspecto de marroquí, el carácter lo he heredado de mi madre, y debo intentar sacar el mayor provecho de esa dualidad. [...] No quería que se me midiese por el mismo rasero que a los miles de hijos de trabajadores extranjeros, que andaban indisciplinadamente por la calle y eran mirados con desprecio. Quería ser belga de los pies a la cabeza.” (pp. 15-16).

La estancia en Marruecos y el duro proceso por el que la madre consigue rescatarlos a través de una red de voluntarios –dado que por la vía legal, y aunque ella tiene la custodia de los niños, sabe que no va a conseguir nada– ocupan prácticamente todo el desarrollo del relato a partir del capítulo tercero. Al llegar a Marruecos, mientras Nadia piensa que está de vacaciones, sus sensaciones sobre el país son contradictorias pero hechas desde el cariño: reconoce la dureza de la vida allí, la miseria, la desidia de la gente y otra serie de caracteres que chocan frontalmente con la mentalidad europea, pero también disfruta el paisaje, los olores, la luz... Cuando comprueba que están secuestrados, sus comentarios serán más críticos, auténticos lamentos enfurecidos por lo que tienen que soportar: no la dejan salir, no permiten que vaya a la escuela, sus tíos son unos ignorantes que abusan de su estatus frente a las mujeres, no le gusta la comida, la higiene es pésima, etc. No obstante, el resumen de su actitud queda reflejado en estas palabras tan significativas que muestran su debate interno entre la aceptación y la comprensión, necesarias para poder sobrellevar su situación, y el rechazo a todo lo que su educación europea le hace intolerable: “Aquel era un país en el que más que vivir se sobrevivía. Creo que allí fue donde terminé de madurar. Nada de niñerías tontas, nada de sensibilidad exagerada. [...] Allí aprendí a mantenerme y a defender mis privilegios entre tanta gente que se había vuelto egoísta por la miseria.” (p. 56).

Tras volver a Amberes, unas reflexiones de su madre que la invitan a ponerse en lugar del otro ayudan a Nadia –y al lector– a entender a su padre y a los que como él dejaron sus países: “Los inmigrantes empeñan su cultura y sus costumbres a cambio del pan de cada día. El pan es muy importante, por supuesto, pero... ¿podrías vivir durante años en Marruecos? ¿Con una gran familia que siempre estuviera presente?” Ante la respuesta negativa de la chica, la madre continúa: “...para los inmigrantes es igual de difícil acostumbrarse a nuestra forma de vida, sin familia y sin compañía.” (p. 176-177). Nadia acaba viendo por sí misma que cada cultura tiene sus ventajas e inconvenientes, y así confiesa que de Marruecos echa de menos que, aunque la gente no tenga nada, se tiene unos a otros y disfrutan y se ríen juntos, al contrario que en su país, donde las posesiones materiales son muchas pero la gente vive aislada hasta de sus vecinos más próximos.

Comprobamos, pues, que la intención predominante de la autora es la de aproximar a los lectores a los problemas de la convivencia entre cultura y a las dificultades que surgen en las sociedades multiculturales. La diferencia con las aproximaciones que se hacen en las otras novelas examinadas es el detalle con que se hace el análisis y la forma en que se elude lo “políticamente correcto” para adentrarse sin ambages en la realidad de los sentimientos de rechazo que se generan en estos contextos. Se propone el respeto desde la comprensión, pero incluyendo en el proceso también lo negativo, es decir, apostando por el esfuerzo personal y colectivo para entenderse aunque sea, como de hecho lo es, muy difícil. Sólo así se evitará la hipocresía.

Desde el punto de vista de los mecanismos psicológicos puestos en juego, que caracterizan como género a toda la novela juvenil, estamos también ante un relato iniciático, de acceso a la madurez adulta a través de una experiencia dura que se convierte en una ocasión de crecimiento personal y social. Es cierto que no se trata de una situación con la que pueda identificarse un lector que no haya pasado por ella, pero las pinceladas de rebeldía, de amor, de constante cuestionamiento de todo, aproximan.

Los valores estéticos del libro no son los más destacados, pero están presentes. Hay un cuidado especial en que no se note que la exposición de las diferencias entre culturas que hace Boumaâza actúa al mismo tiempo como información para facilitar el conocimiento. El lenguaje del libro se presenta algo más elaborado: sintaxis y léxico más ricos, adjetivación más variada, narración y descripción más detalladas, etc. La estructura externa coincide con la vista en los otros casos: veintiún capítulos breves y un marco temporal definido con absoluta precisión –la acción comienza el 6 de marzo de 1987 y termina unos días después del 8 de agosto– que aporta realismo.

II. ALGUNAS CONCLUSIONES

La primera conclusión que podemos extraer del breve análisis realizado es que todas estas obras comparten algunos rasgos estilísticos (sencillez estructural y del lenguaje, dinamismo de la narración, amplia presencia del diálogo y menos de la descripción, etc.) y temático-argumentales (protagonistas adolescentes, aparición de la amistad y del amor, etc.) que parecen conformar los parámetros de la novela juvenil como género. Sin embargo, el tratamiento de la interculturalidad es más variado y oscila desde el valor casi anecdótico, basado en los tópicos más habituales y orientados a la aproximación emotiva (*Abdel, El cazador de estrellas*), hasta los intentos de profundización crítica (*La aventura de Saíd, Al otro lado del Estrecho*).

La segunda conclusión a la que llegamos es la necesidad de promover en las aulas el relativismo cultural (Díaz Aguado, 1996), es decir, actitudes basadas en acercamientos destinados a conocer al otro y a su cultura para comprenderlos, respetarlos y valorarlos, más incluso que para “tolerarlos”. Hay que hacer ver a los alumnos que no se pueden juzgar unas culturas en relación con otras, sino en relación con el contexto en que cada una ha surgido para el que son, sin duda, formas idóneas de adaptación. No existen culturas mejores ni peores, primitivas y avanza, sino contextos y sistemas culturales entendidos como formas de manifestarse la diversidad humana. En este caso la cultura es, ante todo, un sistema adaptativo, cognitivo y simbólico que nos permite relacionarnos con el medio social (Bruner, 1987), sea individualmente o de modo colectivo.

Desde el punto de vista didáctico, las pautas metodológicas deben procurar la integración de la cultura de los alumnos extranjeros en las dinámicas del aula. No bastan las visiones desde fuera, la mirada antropológica o etnográfica, hace falta la presencia real y constante, por medio del debate, el comentario, el diálogo, y eso puede hacerse muy bien a través de obras como las que hemos visto que pueden contribuir a hacer aflorar estereotipos y prejuicios para desmontarlos. La lectura de estos libros debe dar pie a que los alumnos se interroguen a sí mismos y unos a otros, que se pidan datos sobre las formas de vida en sus países, que pongan en cuestión los tópicos, que vean a las personas detrás de las marcas raciales o culturales.

Lo que cabe plantearse entonces, para contribuir también a definir qué es la educación estético-literaria, es el uso de tales novelas. Hay que evitar la instrumentalización de los títulos que se ofrecen a los alumnos para cultivar el placer de leer, y para ello es importante hacerlos partícipes del proyecto de lectura que se propone sobre cada libro, es decir, de los objetivos que se persiguen y de las actividades concretas que se van a realizar sobre él porque eso determina el tipo de lectura y la actitud con que el receptor se enfrenta a ella. La educación en valores forma parte de la formación literaria, crecemos como seres humanos por medio de nuestras lecturas, y una obra es más rica cuantas más posibilidades alberga en este sentido. Pero lo contrario no siempre es cierto: como consecuencia del papel que la educación escolar desempeña en nuestras sociedades se tiende a aplicar el marbete de lo literario –hemos visto algunos ejemplos– a textos que no se leen ni se escriben para aprender a gustar la literatura, sino para asumir valores, y eso debe quedar siempre claro.

Notas

1 Vid. la exposición condensada del origen del conflicto que se hace en la página 118.

2 Vid. *Infra*.

Referencias bibliográficas

- BOUMAÂZA, N. (2003[1991]). *Al otro lado del Estrecho*. Zaragoza: Edelvives. Colección “Alandar”, nº 23.
- DÍAZ AGUADO, M.J. (1996). *Escuela y tolerancia*. Madrid: Pirámide.
- GÓMEZ, R. (2003). *El cazador de estrellas*. Zaragoza: Edelvives. Colección “Alandar”, nº 40.
- LALANA, F. (2000[1997]). *El paso del estrecho*. Madrid: Bruño. Colección “Paralelo cero” nº 13.
- LORMAN, J. (2003[1996]). *La aventura de Saíd*. Madrid: SM. Colección “Alerta Roja” de Gran Angular, nº 4.
- PÁEZ, E. (2002 [1994]). *Abdel*. Madrid: SM. Serie Roja de la colección “El barco de vapor”, nº 76.